

A los Orígenes de la Pastoral Educativa

Estudio Histórico

J. Heberto Verduzco, Pbro.

Secretario Ejecutivo del Departamento de Educación del CELAM

1. La Iglesia, comunidad salvífica

La Pastoral Educativa es tan antigua como la Iglesia misma. La Iglesia, como comunidad salvífica es esencialmente pastoral, pues siendo la continuación, en el espacio y en el tiempo, de la acción salvadora de Cristo, el Buen Pastor, toda su actividad es necesariamente pastoral. De ahí que toda acción que la Iglesia realiza en favor del hombre no puede tener otra finalidad que conducirlo a la salvación, al encuentro amoroso y permanente con Cristo Salvador, y por ende, toda acción verdaderamente eclesial tiene también un carácter pastoral.

2. La Iglesia, comunidad cultural

Que la Iglesia tiene origen divino, es objeto de fe, sin embargo también es cierto que la Iglesia tiene una necesaria raigambre en las realidades humano-terrestres. La Iglesia no podría ser lo que es, si se aislara del contexto histórico cultural que condiciona esencialmente su ser y su obrar.

No es mera casualidad que la Iglesia haya tenido su origen en un determinado ambiente cultural y en un cierto momento de la historia, sino que la Providencia escogió aquel contorno histórico cultural que suministrara a la Iglesia los elementos socio-culturales que le permitieran cumplir su vocación universal conservando al mismo tiempo su identidad radical. Por ello la Iglesia, como concreción terrestre del Reino de Dios, constituye también una comunidad cultural.

Al hablar de cultura, la entendemos en su acepción amplia, a saber, de forma o estilo de vida propio de una comunidad humana¹. Dicho estilo de vida está integrado por un sistema de creencias, verdades, valores comúnmente aceptados que inspiran la mentalidad, actitudes y comportamientos del grupo, a esto ha de añadirse el conjunto de destrezas y técnicas ligadas a las funciones esenciales de la vida comunitaria; todo esto viene a constituirse en patrimonio social que debe ser transmitido a las generaciones subsiguientes².

¹ Cfr. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 53.

² Ch. Dawson, *The Crisis of Western Education*, New York, 1961, p. 3ss.

La cultura no es producto de la naturaleza sino del hombre, en razón de su racionalidad y socialidad³.

Cuando decimos que el Cristianismo es una comunidad cultural intentamos registrar el hecho de que no es una manera y simple institución religiosa sino que es una realidad más global, a saber, una realidad socio-cultural que abarca la totalidad de la vida humana. En efecto, al observar el desarrollo histórico del Cristianismo en la era post-apostólica primitiva, advertimos fácilmente que la comunidad cristiana, desde un principio tiene conciencia de poseer un rico patrimonio de verdades y valores ético religiosos, así como de actitudes y pautas de comportamiento inspiradas en el Evangelio, todo lo cual se condensa en un estilo de vida propio de quienes comparten la misma fe en Cristo, participan en las mismas celebraciones litúrgicas y tienen puesta su esperanza en las mismas promesas hechas por el Señor Jesús.

3. Formación de la cultura cristiana

No sería acertado suponer que ya en el primer período de la vida de la Iglesia se dio una cultura cristiana perfectamente definida y completa. Más bien debemos suponer que el primer período de la cultura cristiana fue el de su formación que requería una reelaboración y asimilación de los elementos aportados por la cultura judaica y la grecolatina.

Es precisamente la incorporación de tales aportaciones y su reorganización en torno al núcleo evangélico lo que da origen a esa nueva configuración cultural que podemos llamar cristiano o cristiandad, el Pueblo de Dios, especie de "humanitas cristiana", que se distingue de la "humanitas" latina o griega o de cualquier otro tipo de humanidad.

Con todo, en el período formativo de la cultura cristiana es preciso encontrar ya los elementos característicos que, aunque sea rudimentariamente, perfilan la identidad de esta nueva cultura.

Naturalmente los elementos de la tradición judaica fueron los primeros en ser incorporados, aunque suponemos que este proceso no debió ser totalmente ajeno a los conflictos con el judaísmo que conocemos a través de los Hechos de los Apóstoles y de las cartas de San Pablo; estos conflictos, sin embargo, no fueron obstáculo para que muchas normas y valores concernientes a la vida moral, la familia, la convivencia social, pasaran a formar parte del patrimonio cultural cristiano.

El aporte grecolatino, requirió un proceso de asimilación y selección no exento, a su vez, de conflictos, como lo vemos en Tertuliano y en San Jerónimo, y consistió básicamente en la apropiación de técnicas y destrezas literarias y artísticas indispensables para las funciones del culto a las

³ Cfr. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 59.

cuales se agregaron hábitos y esquemas intelectuales que hicieron posible la conservación, elaboración y transmisión fiel del rico patrimonio doctrinal salvífico.

4. Cultura y Educación

La cultura tiene un dinamismo propio destinado a conservar y a transmitir el patrimonio cultural a las nuevas generaciones y a adaptarlo a las cambiantes situaciones ambientales.

Desde luego, no todas las culturas tienen la misma capacidad de adaptación y transformación. Estas funciones de conservación, transmisión y transformación se llevan a cabo por medio de un proceso generalizado que se denomina de "enculturación".

Ahora bien, como ninguna comunidad cultural puede dejar al azar la transmisión de su legado social, en determinados momentos del proceso enculturante, la misma comunidad especializa ciertos pasos y funciones del mismo con el fin de que sea garantizada la transmisión fiel de los valores que son esenciales para la vida colectiva y que al mismo tiempo aseguran la permanencia de la identidad comunitaria. Este proceso especial que se desenvuelve dentro del proceso global enculturante, constituye la educación.

De hecho, aún en las culturas llamadas primitivas, como explican los antropólogos, las ceremonias de iniciación y otras celebraciones sociales son en realidad el epílogo de un proceso educativo sistematizado por el que los jóvenes son introducidos a la vida y tradiciones de la tribu, por ello, esa actividad educativa va encomendada a cierta categoría de personas (ancianos, hechiceros, sacerdotes, etc., según el caso). Se trata, como se ve, de un proceso institucionalizado de educación, equivalente al que se efectúa en las sociedades avanzadas por medio de las instituciones de educación formal.

5. La Educación cristiana

Siendo el Cristianismo una comunidad cultural bastante consciente de la importancia de su patrimonio religioso doctrinal para el logro de sus finalidades salvíficas, no podía dejar al acaso la transmisión de su propio legado socio-religioso sino que desde los comienzos de su historia estructuró tal transmisión en un verdadero proceso educativo.

Así no ha de sorprendernos que ya a fines del siglo primero se registre el fenómeno educativo en la vida de la comunidad eclesial. San Clemente Romano, en un pasaje de su carta primera a los corintios, alude

expresamente a este fenómeno usando el término "Xristou paideia"⁴, y designando por él una actividad de índole educacional, pues el vocablo griego: "paideia", significa lo que hoy comúnmente llamamos "educación".

San Clemente juzga que la acción educativa debe orientarse e inspirarse en Cristo —"en Xristou"—, pues en Cristo se refleja como en un espejo toda la sabiduría y la bondad de Dios⁵. Cristo es la imagen perfecta de Dios. Cristo no es un simple ideal de perfección humana sino un modelo concreto e histórico de humanidad.

Por tanto, la "paideia" cristiana tiene un objetivo propio y específico, distinto del objetivo de la "paideia" clásica, pues consiste en formar al hombre a ejemplo de Cristo, ya que la asimilación a Cristo, dechado de humanidad, señala para el cristiano el tipo más perfecto de excelencia humana.

Pero en la visión cristiana de la educación hay algo más que tiene importancia fundamental, a saber, el punto de partida. Este punto de partida no es la hipótesis convencional de que el hombre está en posesión de las capacidades específicamente humanas, entendimiento y voluntad, que lo hacen educable, sino que el punto de arranque de la educación, para el cristiano, es el hecho real e histórico de que dichas capacidades están disminuídas por el pecado, y que por tanto, la educabilidad del hombre está realmente mermada, por tal razón, el paso inicial de la educación ha de consistir en la acción *sanadora* que ejerce el mismo Cristo⁶.

6. Agencias educacionales cristianas

Obviamente, la educación cristiana, en su primera época, debía concentrar su atención en los aspectos religioso y moral de la educación aunque sin descuidar la formación literaria e intelectual, su objetivo era el de iniciar al individuo en las verdades salvíficas y al mismo tiempo inculcar los hábitos de conducta propios del cristiano. De ahí se ve que las agencias apropiadas para tal objetivo debían ser, por una parte, la familia, y para completar la acción de ésta, la escuela catequística.

A estas dos agencias incumbía la responsabilidad de llevar a efecto el proceso gradual de la "paideia" cristiana.

En el seno de la familia cristiana debía cumplirse, en la medida de lo posible, la etapa inicial e indispensable de la educación cristiana. A la familia correspondía suscitar y dar forma a la conciencia religiosa del pe-

⁴ S. Clemente Romano, "Primera Carta a los Corintios", 21,8, en Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos* (Texto bilingüe), Madrid 1967, p. 199.

⁵ S. Clemente Romano, *Op. Cit.*, p. 211.

⁶ *Ibidem*.

queño, iniciándolo en la fe cristiana y estimulando las disposiciones anímicas favorables al desarrollo de la conciencia moral.

El medio principal para esta educación debía consistir en el ejemplo de los mayores ya que todo aprendizaje, sobre todo el más elemental, se apoya en la imitación.

Esta educación a nivel familiar comprendía también una cierta instrucción de índole religiosa que debía inspirarse en las narraciones bíblicas. A este propósito, San Juan Crisóstomo ofrece a los padres de familia útiles sugerencias didácticas para ayudar a los niños a retener y comprender los pasajes de la Sagrada Escritura⁷.

Los consejos de Crisóstomo nos hacen suponer que, en el siglo IV, la Iglesia atribuía a la familia un papel básico en la educación cristiana de los niños. Pero cabe preguntarse si en los siglos precedentes existió una preocupación semejante de asignar a los padres de familia una responsabilidad en la educación cristiana de los hijos.

A esta cuestión podría responderse aduciendo las admoniciones pastorales del santo Obispo Policarpo, mediados del siglo II, destinadas a normar el cuadro de la vida familiar cristiana⁸. Existe otro testimonio, casi contemporáneo, en el mismo sentido⁹. Ambos textos constituyen indudables jalones de una tradición que se remonta a San Pablo¹⁰.

Podemos suponer, entonces, que existe una antigua tradición cristiana que inculca a los padres de familia una responsabilidad, básica en la educación cristiana, la cual ha de ejercerse en el ámbito doméstico, y que está destinada decisivamente en la formación del estilo cristiano de vida.

Mas la educación inicial cristiana que impartía la familia, por razones fáciles de comprender, no podía ser suficiente, y por tanto debía ampliarse y completarse mediante una ulterior etapa educativa más formalizada y sistemática que era suministrada por una institución educativa dependiente de la autoridad eclesiástica. La instrucción religiosa que se impartía con este fin, fue denominada "Catequesis" y estaba confiada, desde luego, a los presbíteros, diáconos y también laicos especialmente capacitados y autorizados por el Obispo para desempeñar el oficio de catequistas. Ello dio origen a agencias catequísticas de tipo escolar.

El oficio catequístico constituía un ministerio sagrado pues estaba íntimamente ligado al ministerio de la proclamación de la Palabra. Frecuentemente, estas instituciones catequísticas coincidieron con los catecumenados, pero en otros casos también funcionaron como agencias de ins-

⁷ S. Juan Crisóstomo, "De la vana gloria y de la educación de los hijos", en Ruiz Bueno, en *Obras de S. Juan Crisóstomo* (Texto bilingüe), Tratados Ascéticos, Madrid, 1967, p. 784ss.

⁸ S. Policarpo, "Carta a los Filipenses", 4,2, en Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, Madrid 1967, p. 664.

⁹ Cfr. "Carta a los Antioqueños" (de autor desconocido), en Ruiz Bueno, *Op. Cit.*, p. 553.

¹⁰ Efesios 6,4; Colosenses 3,21.

trucción religiosa para personas ya bautizadas. Quizá no fuera erróneo decir que los servicios catequísticos de la Iglesia en los primeros siglos fueron una agencia oficial de educación cristiana permanente creada y sostenida por la Iglesia.

En efecto, todo parece indicar que una de las tareas episcopales más importantes era precisamente la de velar por la catequesis para que fuera debidamente impartida y no fueron pocos los Obispos que con gran celo tomaron su parte en la actividad catequética, interviniendo personalmente en los grados superiores de dicha instrucción, como podemos colegir de la copiosa producción catequética de San Cirilo de Jerusalén, San Gregorio de Nisa, Teodoro de Mopsuestia, San Ambrosio de Milán, San Agustín de Hipona y otros más, cuyas obras ponen de manifiesto el alto nivel doctrinal que estos grandes Obispos confirieron a la catequesis del siglo IV.

Si queremos resumir lo dicho hasta ahora sobre la actividad educativa de la Iglesia en los cuatro primeros siglos, podríamos decir que esta acción educativa comprendió dos niveles: uno de cultura (en el sentido expuesto más arriba) destinada a poner las bases de un estilo de vida cristiana, y otro, de doctrina destinada a dar inspiración y contenido a esa vida cristiana. Así mismo, se advierte la presencia y solicitud de los Obispos que asumen el liderazgo pastoral en este proceso.

7. La primera escuela cristiana

Al hablar de la catequesis, la considerábamos como un servicio oficial de la Iglesia en el campo de la educación religiosa. Como el servicio catequístico respondía a una necesidad profundamente sentida en la Iglesia primitiva, muy pronto forjó el instrumento más adecuado para satisfacer tal necesidad, dicho instrumento fue la escuela catequística que revisió varias formas, de las cuales, la catecumenal fue sin duda la más extendida.

La escuela catequística no parece seguir el modelo de la escuela de letras grecoromana. La instrucción catequística es esencialmente oral, —el vocablo griego "Katekesis" (del verbo katekeo) significa alzar la voz, enseñar de viva voz— no cultiva ni requiere las letras, y sus objetivos son distintos también de los de la escuela clásica.

Esta escuela cristiana no busca desarrollar destrezas literarias o intelectuales que preparan al individuo para asumir posiciones de liderazgo y prestigio en la sociedad, sino que intenta comunicar las verdades y valores religioso-morales que nutren y dan sentido a la vida cristiana, por esta razón podemos decir que la escuela catequística era una institución profundamente democrática y cuya función básica era la de alimentar la vida cristiana de la comunidad o crear dicha comunidad en cuanto tal.

En todo caso, la escuela catequística cristiana parece haber seguido más bien el modelo de la escuela rabínica en cuanto a sus métodos orales y a su finalidad fundamentalmente religiosa.

8. Catequesis y ciencia sagrada

La grande importancia que la Iglesia concedió a la catequesis en los primeros tiempos, hizo que las agencias catequísticas se expandieran rápidamente por todos los centros urbanos del Imperio Romano y se vieran frecuentadas también por gentes ilustradas, todo lo cual dio ocasión a que la instrucción catequística se desarrollara en un plan cada vez más técnico y sistematizado, apoyado en una investigación más profunda de las verdades reveladas, unida a una presentación más organizada de las mismas.

Esta natural expansión de la Catequesis hacia formas doctrinales más elaboradas y sistemáticas dio lugar a los primeros ensayos de ciencia teológica que conocemos, los cuales empiezan a hacer su aparición en la primera mitad del siglo segundo por obra de Justino, Clemente Alejandrino, Hipólito de Roma y el célebre Orígenes, entre otros, quienes como sabemos, se proponían primeramente, elaborar una defensa razonada y una justificación de la religión cristiana, demostrando que la religión cristiana no constituía peligro alguno para la sociedad o para el Estado y que así mismo no era absurdo creer en las verdades de la Revelación Divina¹¹.

Es conveniente notar que la actividad de estos pensadores y maestros cristianos, no obstante estar íntimamente ligada con la doctrina cristiana, sin embargo, no es una función de tipo ministerial ejercida por encargo de la Jerarquía eclesiástica, como la catequesis, sino más bien es una actividad de carácter científico (en un sentido amplio) que ellos desempeñan por propia iniciativa y responsabilidad, estimulados por el legítimo interés científico de satisfacer ciertas exigencias racionales. Estamos a los orígenes de la ciencia teológica.

La historia nos muestra el caso notable de una escuela catequística que se convierte en centro de estudios religiosos superiores, se trata de la escuela de Alejandría, reorganizada después de la persecución de Severo, a (principios del siglo tercero), y encomendada a Orígenes —joven de 18 años—, por el Obispo de Alejandría, Demetrio. Este centro catequístico operó bajo la dirección de Orígenes durante más de un cuarto de siglo obteniendo un excepcional florecimiento y renombre. Orígenes reorganizó el plan de estudios de la escuela con una visión científica del estudio y del saber. La doctrina cristiana debía cultivarse de acuerdo a los hábitos metodológicos de las artes y la filosofía, por ello el estudio de las Sagradas Escrituras debía ser precedido por un ciclo básico de entrenamiento en

¹¹ J. Quasten, *Patrología*, Madrid 1968, Vol. I, p. 187.

letras, dialéctica, matemáticas y filosofía. Una tarea de esta envergadura ciertamente desbordaba el ámbito de la formación catequística y así parece haberlo comprendido el mismo Orígenes, quien hizo pasar la responsabilidad de la escuela catequística a su discípulo Heraclas, para poder dedicarse exclusivamente a impartir las lecciones de dialéctica, matemáticas, filosofía y Sagrada Escritura a los alumnos de los cursos superiores.

Pero este proceso de expansión y progreso de la doctrina cristiana, a pesar de los halagüeños comienzos, no logra generalizarse sino más bien tiende a extinguirse, al punto que en el siglo cuarto ya no existen esta clase de centros de estudios teológicos. No obstante el debilitamiento de los centros de estudios teológicos, es necesario poner de relieve el hecho que los siglos IV y V marcan uno de los períodos más ricos y fecundos de la actividad teológica de la Iglesia. En él se destaca una pléyade de célebres Doctores de la Iglesia: san Atanasio, san Basilio, san Gregorio Nacianceno, san Gregorio Niseno, san Juan Crisóstomo, san Hilario, san Ambrosio, san Agustín, san Cirilo Alejandrino, san León Magno, etc.

9. La educación cristiana y la escuela clásica-pagana

Sin embargo, este notable esfuerzo por promover un desarrollo de la catequesis hacia el campo de las ciencias religiosas parece haber ejercido un influjo apreciable en el ámbito mismo de la cultura clásica y precisamente a nivel de la escuela. En efecto, no faltan indicios de que un número considerable de alumnos de estos centros eran ya o llegaron a ser posteriormente maestros en las escuelas del Imperio en donde comienzan a dar testimonio de las verdades reveladas y de su fe cristiana denunciando la falsedad de la idolatría y el politeísmo y censurando también las acciones inmorales de los dioses y de los héroes que se describen en los poemas mitológicos.

No es del todo improbable que esta actitud crítica de los maestros cristianos, haya dado, en parte, ocasión a la ley escolar promulgada por el Emperador Juliano, el Apóstata, en el año 362, por la cual se les prohibía la enseñanza a aquellos maestros que no creyeran en las divinidades aceptadas por la religión oficial (del Imperio), pues, añadía la disposición imperial¹², sería una falta de honestidad que enseñen cosas concernientes a los dioses quienes no creen en ellos. Con todo, esta ley fue efímera pues fue derogada a la muerte del Emperador Juliano, en el año siguiente.

El conjunto de acontecimientos descritos nos permite observar cómo la educación cristiana hizo sentir su influjo en la educación clásica precisamente en el campo en el que la Iglesia no había intervenido directamente, a saber, en la escuela de letras. Y todavía es interesante notar que la

¹² Fliche et Martin, *Histoire de l'Eglise*, Paris 1935, Vol. III, p. 189. (Apoyado en *Juliani Epist.* 61.c.).

Iglesia se hizo presente por primera vez en la institución escolar clásica, no por medio de sus ministros sagrados, ni de sus catequistas, sino por medio de sus laicos que comprendieron y asumieron su responsabilidad como maestros cristianos.

10. La Iglesia y la escuela de letras clásicas

Parece ser un hecho históricamente establecido que durante los primeros cuatro siglos y dentro del ámbito cultural del Imperio Romano, la Iglesia ejerció su actividad educativa sin crear su propia escuela para la enseñanza de las letras¹³.

Aunque la Iglesia comprendía suficientemente el peligro real de corrupción religiosa y moral a que estaban expuestos los niños y jóvenes que frecuentaban las escuelas imperiales, sin embargo, su estrategia pastoral no se orientó a crear su propia escuela para la enseñanza de las letras, sino que más bien concentró sus esfuerzos en la catequesis para preservar e inmunizar las mentes de los niños y jóvenes del contagio pagano.

Por otra parte, como ya hemos visto, buscó hacerse presente por medio de los maestros cristianos en dichas escuelas y transformarlas en agencias de una educación literaria sana desde el punto de vista religioso y moral.

Es interesante observar que no obstante los severos juicios emitidos por connotados escritores cristianos como Taciano, Tertuliano, san Jerónimo y otros, sobre la literatura clásica por razón del politeísmo e inmoralidades atribuidas a los dioses por los poetas de la gentilidad, sin embargo, no hay indicaciones de que se haya prohibido a los niños cristianos asistir a las escuelas paganas, es más, los mencionados escritores reconocen hasta cierto punto la necesidad de que los niños frecuenten tales instituciones. Tertuliano, más bien, prefiere censurar a los cristianos que enseñan en esas escuelas paganas, pues los compara con los fabricantes de ídolos y con los astrólogos¹⁴.

Esta actitud pastoral de la Iglesia respecto de la escuela de letras clásica nos hace suponer que la misma Iglesia no consideraba que la educación clásica fuera nociva en su conjunto, pues prácticamente todos los Pastores y Doctores más célebres de la Iglesia, se habían educado en escuelas paganas, por ello seguramente la Iglesia siempre se inclinó a juzgar que la educación clásica, a pesar de ciertos aspectos negativos, prestaba un valioso servicio a la Iglesia misma y a la cultura cristiana.

¹³ H. I. Marrou, *Historie de l'éducation dans l'Antiquité*, París 1965, p. 456.

¹⁴ Marrou, Op. Cit., p. 461; (apoyado en S. Jerónimo, Ep. 21,13,9 y Tertuliano, De Idolatría, c. 10).

11. La Iglesia y las culturas ágrafas

Hay suficientes indicios de que el desinterés de la Iglesia por la escuela durante los primeros siglos fue más aparente que real. Un ilustre historiador de la cultura en la antigüedad clásica, como Marrou, hace notar que tal actitud de la Iglesia, se restringió al área cultural grecolatina del Imperio Romano, pues en cuanto la Iglesia trasponía los límites de esa cultura y penetraba en los dominios de pueblos iletrados, una de sus primeras preocupaciones era la de establecer centros para la enseñanza de las letras¹⁵; en este mismo sentido opina Dawson¹⁶.

Esta práctica educativa que tenía como meta inmediata poner al alcance de los nativos las Sagradas Escrituras y asegurar una de las bases esenciales del culto divino, a saber, la lectura de los textos sagrados, tuvo efectos favorables en la cultura de los pueblos respectivos pues dio origen a la formación de ricas literaturas nacionales, como en los casos de la cultura etíopica, armenia, georgiana y posteriormente, ya en el siglo IX, la eslávica, por obra de los preclaros evangelizadores, santos Cirilo y Metodio¹⁷.

12. La tradición escolar cristiana

De los hechos consignados podemos observar que la Iglesia incorporó las destrezas literarias básicas a su patrimonio cultural, por posesión pacífica. La cultura romana se encargaba de suministrarle miembros letrados, y por esta circunstancia, el analfabetismo no constituyó un problema de pastoral educativa en esa primera época de la historia de la Iglesia.

También ya hemos notado que el contacto con pueblos iletrados dio a la Iglesia la ocasión de tomar acto de la importancia que tienen para ella las letras y las destrezas literarias básicas, como la lectura y la escritura. En este sentido fue especialmente decisiva la experiencia por la que pasó la Iglesia al producirse el colapso del Imperio Romano y de sus instituciones, con ellas, la escolar. En esos momentos, cuando los pueblos llamados bárbaros entran a ocupar el escenario cultural dejado vacante por el Imperio Romano, la Iglesia confronta una alternativa histórica: o diluirse culturalmente en la marea bárbarica reduciéndose a una institución religiosa iletrada portadora de tradiciones orales y ciertas costumbres cristianas, o bien, asumía el reto de transformar las culturas de esos pueblos.

Todo parece indicar que a estas alturas, (siglo V), la Iglesia no podía considerar seriamente la primera posibilidad. Para estas fechas, la Igle-

¹⁵ Marrou, Op. Cit., p. 455.

¹⁶ Ch. Dawson, *The Crisis of Western Education*, New York, 1961, p. 11.

¹⁷ Marrou, Op. Cit., p. 456.

sia ya tenía más de cuatro siglos cumplidos de historia y además un rico patrimonio cultural no sólo de tradiciones, sino también de literatura doctrinal, documental, informativa, narrativa y poética, y así mismo, de arte figurativo y musical, todo esto aparte de la fuente primaria de la cultura cristiana, las santas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento.

La Iglesia no podía renunciar sin más a una tradición cultural letrada, tan íntimamente ligada con sus orígenes, su desarrollo y sus quehaceres ordinarios salvíficos.

Ahora bien, encontrándose la Iglesia en semejante coyuntura histórica, en medio de pueblos iletrados, y ante la gran tarea de predicar a esas gentes el Evangelio y de transmitirles el estilo cristiano de vida, con los elementos culturales esenciales al mismo, se vio en la necesidad de incluir entre sus objetivos pastorales el instrumento que le suministrara las destrezas literarias y hábitos mentales indispensables para cumplir su cometido religioso salvífico. Dicho instrumento no podía ser otro que la escuela de letras.

No debe olvidarse por otra parte, que el Cristianismo es una religión sapiencial apoyada en un saber divino, —la Palabra revelada—, que se consigna en la Sagrada Escritura y que debe comunicarse incesantemente a los hombres, sus mismas funciones y celebraciones litúrgicas requieren la lectura de los textos sagrados, sus ministros y sacerdotes no solamente ofician las ceremonias rituales sino que también deben explicar en forma coherente y orgánica las verdades salvíficas.

Quizá sea interesante notar que la Iglesia desarrolló una rica cultura literaria cristiana antes de disponer de su propia institución escolar para al aprendizaje de las letras.

13. La lectura como elemento de cultura cristiana

Es de todos conocido ese fenómeno de la vida de la Iglesia, que se designa con el nombre de monasticismo (o monaquismo) y que ha tenido extraordinarios efectos renovadores y enriquecedores de la vida eclesial desde los primeros siglos hasta nuestros días.

El monasticismo, desde sus orígenes en la primera mitad del siglo IV conoció un extraordinario desarrollo en Egipto y Palestina por obra de los santos Pacomio y Basilio que lo impulsaron y organizaron sabiamente por medio de las famosas Reglas que establecieron al respecto.

La vida monástica, según la forma que le imprimieron estos grandes organizadores del monacato en Oriente, configura un estilo de vida religiosa comunitaria que aspira a realizar en su mayor pureza todas las virtudes cristianas de las cuales Cristo dió sublime ejemplo, especialmente las de pobreza, obediencia y castidad.

La vida del monje no es otra cosa que un ejercicio permanente de las virtudes cristianas, el cual debe ser motivado y sostenido por la oración o comunicación personal con Dios. Ahora bien, la oración debe nutrirse de la Palabra de Dios que se contiene en las Sagradas Escrituras.

Era, pues, necesario leer constantemente la Biblia.

Por tal razón la Regla de san Pacomio estipulaba que quienes ingresaban al monasterio sin saber leer, debían aprender¹⁸, pues debían llegar a saber de memoria los Salmos y el Nuevo Testamento. San Basilio, por su parte, propone normas semejantes, según las cuales, todos los monjes debían conocer las letras para poder estudiar y meditar los textos sagrados.

Con este fin, él mismo inventó un original método para aprender a leer¹⁹ que constituyó un procedimiento distinto al usual en la escuela clásica.

Desde luego, era necesario comenzar por aprender las letras del alfabeto y enseguida juntarlas en sílabas. En el siguiente paso, el alumno debía ejercitarse en leer nombres de personajes bíblicos ya conocidos. Después, debía practicar, leyendo pequeñas máximas, también conocidas de memoria, tomadas de la Escritura. Finalmente pasaba a leer narraciones o historias más extensas sacadas también de la Biblia²⁰.

Este método pone al alumno en capacidad de intuir más de lo que lee. Por otra parte, no se trata de que el alumno aprenda simplemente a leer, sino que aprenda a leer la Divina Escritura.

Se trata de un rudimentario método globalizante que, en el siglo IV, señala una notable innovación de técnico-didáctica. Existen indicios de que este método, posteriormente, fue bastante conocido y difundido²¹.

La lectura desempeñaba, pues, una función central en la vida monástica.

14. La escuela monástica

Siendo la lectura un ingrediente esencial en la vida cenobítica se comprende fácilmente que en todos los conventos debía funcionar un servicio de iniciación en las letras para aquellos que al entrar a la comunidad monástica las ignoraran y debió constituir una parte del entrenamiento para la vida en el monasterio.

Este servicio de iniciación en las letras es lo que dio origen a la escuela monástica, por tal razón podemos establecer que la primera institución eclesial escolar para la enseñanza de las letras surgió de las exigencias de la vida monástica y apareció por primera vez en los cenobios de

¹⁸ Pacomio, *Regula*, nn. 139-140, Citado por Marrou, Op. Cit., p. 473.

¹⁹ S. Basilio, *Regula fus.* n. 15, Citado por Marrou, *ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Marrou, Op. Cit., 474.

Oriente, un siglo antes de que se disolviera el Imperio Romano, por tanto, la Iglesia al afrontar a los pueblos bárbaros ya tenía a su disposición un instrumento propio de cultura letrada, la escuela monástica que era una versión cristianizada y renovada, a nivel de técnica didáctica y contenido, de la escuela clásica tradicional.

Hay indicios de que se intentó abrir las primeras escuelas monásticas de Oriente a jóvenes "del siglo" que no tenían intención de hacerse monjes, mas la experiencia parece haber resultado desfavorable para el orden y la paz interna de los monasterios²² y por tal razón el monaquismo oriental, en el Concilio de Calcedonia, adoptó la norma de no admitir en sus escuelas a los "hijos del siglo" (paides kosmicöi), sino reservarlas exclusivamente para la enseñanza de novicios y monjes. Por estas circunstancias podemos decir que estas escuelas de Oriente no ejercieron prácticamente influjo directo en la educación del pueblo.

15. La escuela monástica occidental

Pero el fenómeno monástico no fue exclusivamente de Oriente sino que se extendió también a Occidente, un siglo después que en Oriente, a saber, en el siglo V, por obra de san Atanasio y san Agustín, en Italia; por san Hilario de Poitiers, san Martín de Tours, san Honorato, san Cesáreo de Arlés, en Francia; san Patricio en Irlanda e Inglaterra.

El monasticismo occidental se inspira, fundamentalmente, en el oriental haciendo las adaptaciones requeridas por la mentalidad y modo de vida occidental más orientado a la acción. En Occidente, el monaquismo acentúa todavía más la solicitud por las letras, así lo podemos ver en san Agustín, san Martín, san Cesáreo, san Patricio y posteriormente en san Benito.

San Agustín dispone que en las comunidades monásticas fundadas por él se dedique tiempo al estudio y se tenga una biblioteca²³. San Martín, gran impulsador del monacato en Francia, prescribía que los monjes también copiaran los manuscritos y obras de los santos Padres²⁴.

Por su parte, san Cesáreo, promotor de la vida monástica femenina, ordena que todas las religiosas deben aprender a leer y que todos los días dediquen dos horas a la lectura sagrada y así mismo se ocupen de copiar manuscritos²⁵.

²² Ibidem, p. 475.

²³ Ibidem, p. 476, cita a S. Agustín, Epístola 211,3.

²⁴ Ibidem, cita a S. Sev., V. Mart. 10,6.

²⁵ Op. Cit., p. 477, cita a S. Cesáreo de Arlés, Virg. 7, 104; 19, 105; Vita, I, 58,320.

San Patricio, iniciado en el monacato, en el monasterio de Marmoutier (cerca de Tours), de regreso a Irlanda, convertido en monje, se dedica a implantar el monaquismo en esta isla escasamente cristianizada, y como muchos jóvenes paganos acudieron deseosos de ingresar al monasterio, su biógrafo refiere que san Patricio, junto con el bautismo les daba un alfabeto²⁶.

Por su parte, la célebre Regla de san Benito, dedica varios períodos del día a la "lectio divina"²⁷, a saber, lectura sagrada o espiritual que comprendía, en primer lugar, la Sagrada Escritura, luego los escritos doctrinales de los santos Padres de la Iglesia, e igualmente las obras principales de la literatura monástica, como las Reglas de los santos fundadores (Pacomio, Basilio, Agustín, etc.) las "Collationes" de Casiano, etc.

La misma Regla Benedictina da disposiciones sobre el uso de la biblioteca y de otros enseres escolares como libros, tablillas, estiletos, etc.²⁸. Estos hechos nos atestiguan de la grande importancia que estos beneméritos promotores y legisladores de la vida monástica concedieron a las habilidades literarias básicas, lo cual dio origen indudablemente a la creencia milenaria de que todo monje es letrado.

16. Proyección social de la escuela monástica

Aunque la escuela monástica occidental, como la oriental, respondía primordialmente a las exigencias de la vida cenobítica, sin embargo, no parece haber experimentado graves inconvenientes en prestar sus servicios educativos a la sociedad circundante. Así se advierten indicios de que muy pronto dichas escuelas abrieron sus puertas a niños y jóvenes de los lugares circunvecinos quienes parecen haber frecuentado esas escuelas en calidad de alumnos externos. Posteriormente, quizá a causa de la grande afluencia de estos alumnos, y de la inevitable interferencia que el servicio escolar significaba en la vida regular del monasterio se decidió crear las escuelas externas al monasterio aunque dependientes del mismo por medio de un responsable a quien se daba el título de "magister scholae" (maestro de la escuela)²⁹.

No hay que olvidar que se trataba de agencias de educación cristiana, por tanto, su objetivo primordial era el de impartir los elementos de de una formación religiosa y moral cristiana unida a una iniciación en la vida litúrgica de la Iglesia mediante el estudio de cantos y oraciones.

²⁶ Op. Cit., p. 476, cita Stokes, Tr. Life, II, 326,29.

²⁷ S. Benito, *La Santa Regla*, c. 48 passim. Colombas, García M. Dom, *S. Benito, su vida y su Regla*, Madrid 1968, p. 586ss.

²⁸ Op. Cit., caps. 73, 48, 33; pp. 715, 586, 526.

²⁹ Testori, C., *Enciclopedia Cattolica*, Firenze 1953, Vol. XI; Art. "Scuola", col. 193.

En este programa de incorporación a la vida cristiana se integraba, como parte necesaria del mismo, la enseñanza, a nivel bastante elemental, de las destrezas básicas en lectura, escritura y cálculo. Fue un tipo de educación religiosa y letrada el que las escuelas monásticas de Occidente comenzaron a irradiar en torno suyo, desde el siglo V.

En siglos posteriores, el programa elemental de letras fue ampliándose hasta abarcar todo el ciclo de disciplinas liberales, conocido en la Edad Media, como el "trivium" (de Letras: gramática, retórica y dialéctica) y el "quadrivium" (de Matemáticas: geometría, aritmética, música y astronomía).

Dada la ubicación de los monasterios en ambientes suburbanos y rurales, los centros educativos surgidos de ellos constituyen un tipo de escuela desconocido en la era clásica, es la que hoy llamaríamos: escuela rural.

Quizá no sea del todo aventurado suponer que dichos centros educativos monásticos, no sólo por su ubicación, sino también por su proyección real en la vida de la región circunvecina constituyen un primer antecedente de la escuela rural moderna.

17. La escuela episcopal

Desde tiempo inmemorial siempre hubo un personal eclesiástico compuesto por Clérigos de distinto rango que acompañaban al Obispo en sus diversas actividades y funciones, con frecuencia dicho grupo de personas formaban una verdadera comunidad presidida por el mismo Obispo. Parte importante de este grupo eran los lectores.

Dada la importancia central que tiene la lectura de los textos sagrados en el culto divino, desde muy antiguo la Iglesia instituyó el ministerio de los "lectores" que solía conferirse a jóvenes y pronto constituyó el comienzo de la carrera eclesiástica³⁰.

Pero a medida que avanzaba la decadencia del Imperio y se extinguían sus instituciones, la Iglesia, especialmente en los centros urbanos menores, empezó a padecer penuria de personal idóneo, tanto para el oficio de lectores como para el de diáconos y presbíteros, a quienes confiar el ministerio de la predicación y administración de los sacramentos. Esta agravada escasez de personal con el mínimo de cultura letrada, para desempeñar decorosamente los ministerios de la predicación y el culto, movió a muchos Obispos a reunir en torno de sí un grupo de jóvenes que eran hospedados en alguna dependencia de la Iglesia episcopal y a quienes, muchas veces el Obispo mismo se encargaba de iniciar en las Letras: lectura, escritura, elementos de gramática y retórica, que los capacitaran,

³⁰ Marrou, Op. Cit., p. 478.

desde luego, para el ministerio del lectorado y posteriormente para el de la predicación.

Fue, cabalmente, la necesidad de preparar y formar clero para las funciones del ministerio sacerdotal, lo que dio origen a estas comunidades escolares que fueron conocidas con el nombre de escuelas episcopales o escuelas catedralicias. Los planes de enseñanza de estas instituciones se inspiraban, naturalmente, en los contenidos y métodos de la escuela monástica, pues una gran parte de los Obispos era de extracción cenobítica. Estas escuelas episcopales, fueron también los primeros seminarios.

Este tipo de escuelas se extiende rápidamente por diversas regiones de Africa del Norte y Europa, así encontramos testimonios de su existencia en Cartago, en Lyon, en Imola, en Cournon, en Arlés, en Mouzon, etc.³¹. Y, en la España visigótica, hallamos legislación canónica sobre tales institutos, en el II Concilio de Toledo, año 527, donde se estipula que los jóvenes destinados al Clero, una vez que hayan recibido la tonsura, deberán ser instruídos bajo la directa vigilancia del Obispo³².

Algunas de estas escuelas con el correr de los siglos, conocieron un notable florecimiento y expansión no sólo en el orden de las artes o disciplinas liberales (trivium y quatrivium) sino también en los niveles superiores del saber, como la filosofía, la teología, el derecho, la medicina, etc., lo que dio lugar a la formación de las universidades medievales.

18. La escuela parroquial

No lograba la Iglesia remontar la crisis de clero en los medios urbanos cuando se produjo el fenómeno de la conversión, casi masiva del mundo rural, y ésto le crea un nuevo problema pastoral, a saber, proveer de ministros a estas nuevas comunidades cristianas campesinas.

Para hacer frente a esta situación, la Iglesia, a través de Concilios locales celebrados durante los siglos V y VI en Italia y en las Galias, aborda estos problemas de pastoral rural y dicta las disposiciones correspondientes. Así, en un Concilio celebrado en Italia en el año 443³³ se prescribe a los sacerdotes que tienen cura de almas de reunir en la casa parroquial a los niños de los lugares circunvecinos y darles la instrucción conveniente, se trata, desde luego, de la instrucción religiosa y moral, sin excluir las primeras letras. Es así como tienen su inicio las escuelas parroquiales o presbiterales.

En esta experiencia italiana parecen haberse inspirado los ordenamientos emanados del II Concilio de Vaison del año 529, donde se manda

³¹ Ibidem, p. 478-479.

³² Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles, Paris 1908*, Parte IIa, p. 1082.

³³ Testori, Op. Cit., Vol. XI, col. 192.

a los sacerdotes encargados de parroquias rurales que reciban en la casa parroquial a jóvenes en calidad de lectores, para educarlos cristianamente instruyéndolos en las Sagradas Escrituras y en la Ley del Señor (lo cual implica necesariamente la enseñanza de las letras) con el fin de escoger de entre ellos dignos sucesores en el sacerdocio³⁴.

Que la formación que se daba en estas escuelas presbiterales no era una instrucción puramente oral de tipo catequístico, se infiere claramente de los preceptos promulgados a mediados del mismo siglo VI por otro Concilio provincial, de Orleans, y posteriormente por el de Narbona, donde se prohíbe terminantemente conferir las Ordenes sagradas a personas iletradas³⁵. Si un candidato era iletrado ello sería señal de que no habría pasado por la escuela presbiteral.

Si bien estas escuelas presbiterales tenían una finalidad análoga a las escuelas episcopales, a saber, educar a los candidatos para el ministerio sacerdotal, sin embargo, del mismo modo que las escuelas monásticas del siglo anterior, también supieron cumplir una función educativa, colateralmente si se quiere, en favor del pueblo en general; de hecho en la medida de sus posibilidades brindaron siempre una oportunidad de educación cristiana, —religiosa y letrada—, a un sector de la sociedad, el rural, al que prácticamente hasta ese momento de la historia, no se le había ofrecido la posibilidad de acceder a la cultura letrada.

Como podemos ver, la escuela parroquial, desde un principio, está íntimamente vinculada al origen y objetivos de una importante institución aclesial, a saber, la parroquia.

La institución parroquial surgió de la necesidad de atender adecuadamente a las comunidades cristianas rurales que comenzaron a proliferar al aparecer nuevas formas de organización y vida social consiguientes a la disolución del Imperio Romano. Podemos establecer, entonces, que la parroquia eclesiástica, es una institución que se organiza para responder a las necesidades de la pastoral rural. Por tanto, sus servicios tienen una proyección bien definida a las circunstancias y necesidades de la vida campesina. No ha de sorprendernos entonces, que la misma escuela parroquial, desde un principio, haya fungido también como agencia de promoción de la cultura letrada e intelectual a nivel de las comunidades rurales.

De este modo, la escuela parroquial vino a consolidar una tradición de educación rural inaugurada por las escuelas monásticas, como hemos asentado anteriormente, la cual a través de vicisitudes y adaptaciones según las circunstancias ha pervivido hasta nuestros días, de tal manera que hasta la expansión reciente del Estado moderno, ha sido prácticamente la única agencia escolar en los sectores rurales.

³⁴ Hefele-Leclercq, Op. Cit., Parte IIa, p. 1111-1112.

³⁵ Op. Cit. Parte IIIa, p. 229.

Consideraciones Generales:

1. Para comprender lo que fue la Pastoral Educativa en sus orígenes es preciso tener presentes dos factores, uno de índole histórico-religiosa, el acontecimiento salvífico, del cual la Iglesia es la única agencia, y otro factor de índole socio-cultural, a saber, una cultura cristiana en formación.
2. La acción educativa de la Iglesia, necesariamente tiene siempre un sentido salvífico y al mismo tiempo, crea una realidad temporal, a saber, un estilo y un ámbito "cristiano" de vida, una cultura cristiana, un contexto globalizante "cristiano".
3. Todavía es posible discernir dos planos en la acción educativa eclesial: uno de doctrina (comunicación de las verdades y valores revelados, i. e. el mensaje salvífico), y otro de cultura (creación, transmisión, renovación, del modo "cristiano" de vida).
4. Es patente, ya desde la era apostólica, la preocupación pastoral de los Obispos, no sólo por comunicar una doctrina religiosa sino también por crear y fomentar un estilo cristiano de vida. Es conveniente notar que a nivel de proceso cultural humanizante, la educación cristiana es encomendada a los laicos cristianos, a saber, a los padres de familia. Es una de las primeras instancias en que la Jerarquía eclesial asigna a los laicos un sector específico en el marco de las responsabilidades eclesiales.
5. Ya desde el siglo primero, san Clemente Romano trazó los rasgos esenciales de la educación cristiana, al determinar el punto de partida y la finalidad última de la misma.
6. Dado que en el cristianismo convergen dos tradiciones literarias: la judaica y la grecolatina, no es extraño que al formarse la cultura cristiana aparezcan las letras como elemento central del nuevo patrimonio cultural.
7. Existe una rica tradición literaria específicamente cristiana que se comienza a formar desde los tiempos apostólicos.
8. El analfabetismo no constituyó problema pastoral en la primera época de la Iglesia.
9. Hasta el siglo IV, la única institución escolar respaldada por la Iglesia que se registra es la institución catequística que es la institución educativa oficial de la Iglesia, pero carece de contenidos y finalidades literarias.
10. Sin embargo, en este primer período de la P. E. la Iglesia logra influir en la escuela clásica imperial, no por sus ministros, sino por sus laicos, maestros cristianos. Estos maestros cristianos, constituyen un segundo tipo de agentes de la Educación eclesial a nivel de la cultura.
11. La Iglesia por primera vez se preocupa de la enseñanza de las letras cuando entra en contacto con culturas ágrafas, o bien cuando se pro-

ducen formas de vida comunitaria-religiosa que requiere alimentarse directamente de los Libros Sagrados, finalmente cuando enfrenta la penuria de personal letrado, indispensable para la predicación y el culto divino. Con estas escuelas, principalmente con la monástica se perfila también un nuevo tipo de agente educativo eclesial, el monje, que tendrá una importancia central en el futuro de la actividad educativa de la Iglesia.

12. En estas circunstancias surgen espontáneamente las instituciones de educación letrada que permiten hacer frente a las necesidades y a las situaciones concretas, así se registran, la escuela monástica, la escuela episcopal y la escuela parroquial.

13. Estas escuelas no son meras agencias para la enseñanza de las letras, sino que primeramente son centros de educación cristiana, religioso-moral y litúrgica, y también como parte integrante de dicha educación se enseñan los elementos de la cultura literaria. Desde un principio la Pastoral Educativa ha buscado establecer un punto de equilibrio de tal manera que las exigencias de la cultura humanista letrada, no prevalezcan sobre las de la cultura cristiana ya que ésta constituye el contexto global que debe condicionar siempre el desarrollo y expansión de las posibilidades humanas.

14. De estas instituciones escolares, la escuela monástica y la escuela parroquial principalmente, constituyen no solamente los primeros ensayos de la escuela rural, sino también, dada su orientación educativa globalizante en el sentido de crear y transmitir un estilo cristiano de vida, constituye también las primeras agencias de una educación popular cristiana.

15. La educación cristiana, aún aquella que no se originó directamente por la iniciativa episcopal como es el caso de la escuela monástica, sin embargo, siempre se desarrolló dentro de la comunión eclesial y bajo la vigilancia del Obispo.

16. La Pastoral Educativa, desde un principio, configuró un tipo especial de actividad eclesial salvífica orientado fundamentalmente a crear el contexto socio-cultural indispensable para la realización del "hombre nuevo en Cristo", de ahí la importancia primordial de la catequesis como etapa fundante de un progreso educativo-cultural destinado a forjar la "humanitas christiana", la "en Xristou paideia" de que nos habla san Clemente Romano.

17. Esta exposición histórica de la experiencia educacional de la Iglesia a través de los cinco primeros siglos de su historia nos permite establecer que la *educación cristiana*, de hecho, no se formó al margen de una cultura humanista y letrada, y por otra parte, dicha educación no podría conservar su identidad y su fecundidad si se aislara de su contexto y finalidad cristiana.